

A painting of a woman in a white dress standing by the sea. The woman has dark, curly hair and is looking down and to the right. The background shows a blue sea and a sandy beach. The title is written in a black, serif font across the middle of the image.

“LUCHANDO
CONTRA LOS
SENTIMIENTOS”

NOELIA

“UN CASO INESPERADO”

1

Era sábado, un sábado como otro cualquiera, uno de esos que estás esperando a que llegue ansiosamente. El comisario Noah estaba tranquilamente bebiéndose su recién hecha taza de café, mientras leía el periódico, en su oficina. Llevaba un traje negro, con corbata azul marina, y unos zapatos de cuero. De repente, alguien llamó a su puerta.

—¡Adelante!— dijo sin dudar Noah.

La puerta se abrió lentamente, produciendo un ruido un poco desagradable.

—Siempre supe que había que cambiar esa puerta— pensó el comisario.

—Buenos días, vengo a hablarte de un tema serio— dijo su inspector, Ethan.

—Cuéntame, soy todo oídos— contestó el comisario.

— Ha habido un asesinato en la calle Flich, cerca de la antigua estación. Quieren que vayamos a inspeccionar la zona y la casa donde ha ocurrido el asesinato— comenzó diciendo el inspector.

El comisario, al terminar su taza de café, se levantó rápidamente y se puso su gabán. Los dos salieron de la oficina y fueron dirección a la casa del muerto. Al llegar, un árbol grande cubría la entrada. El comisario forzó la puerta y consiguieron pasar dentro. La casa era fúnebre y pequeña, con pocas ventanas, tenía una mesa de roble, una sola cama y un baño poco acogedor. Al lado de la cocina, cerca de una ventana, reconocieron un cuadro de Sorolla, en el que salían caminando dos muchachas, a orillas del mar. Llevaban el

pelo recogido, y un blanco vestido cubría su cuerpo, las dos muy hermosas, pero no estaban muy contentas, de hecho parecían absortas.

—Bonito y curioso cuadro— empezó entablando conversación Ethan.

—¡Mira! ¡Un cuerpo yace muerto en el suelo!— gritó el comisario.

En efecto, un señor que aparentaba tener 50 años estaba en el suelo, cerca de la pequeña mesa de comedor. Su cuerpo no aparentaba tener ni un solo rasguño, pero encima de la mesa había una pequeña taza de café, en la cual no quedaba ni gota de la sustancia que se había servido en ella. Sin embargo, el suelo estaba cubierto por unos polvos blanquecinos.

—Extraño, es realmente extraño...— pensaba Noah, el comisario.

—Nos llevaremos el cuadro y los polvos para analizarlos en nuestra oficina. Más adelante nos llevaremos de aquí a este inocente señor. Mira a ver si lleva cartera, a lo mejor sus datos nos ayudan a descifrar este caso— añadió el inspector.

—¡Sí! ¡Su cartera! No parece tener dinero...— terminó diciendo el comisario.

“PREGUNTAS”

2

Una vez en la oficina analizaron los polvos y el cuadro. Los polvos resultaban ser veneno, el cual podría haber matado a aquel señor. Y el cuadro les mantenía dudosos, ¿conocería ese señor a las muchachas? A lo mejor el mar le inspiraba tranquilidad dentro de su vida... ¿Tendría problemas aquel señor? Cogieron su cartera, la cual tenía su DNI. Se llamaba Alexander Stevenson Guitaz. Gracias a sus apellidos, consiguieron localizar cerca de allí a un familiar suyo. Más rápido de lo que uno se podía imaginar, cogieron sus cosas y se apresuraron a su añorado destino, llevándose con ellos el cuadro.

Una vez que llegaron a la casa del familiar, llamaron al timbre. Parecía una casa acogedora, hecha de piedra, con grandes ventanales, un precioso jardín que se divisaba a lo lejos tras estos y un pequeño porche. De repente, se abre la puerta.

—Buenas tardes caballeros, ¿desean algo?— les recibió un joven.

—Buenas tardes para usted también. Perdone nuestra visita inesperada, pero tenemos preguntas— continuó hablando Noah.

—¿Preguntas? ¿Qué clase de preguntas?— preguntó mosqueado el dueño de la casa.

—Ha habido un asesinato, cerca de lo que era la antigua estación, espero que esté informado de lo ocurrido. Somos de la agencia de policías, yo soy el inspector y él el comisario— dijo Ethan.

—Pasen, adelante— respondió el joven.

Tras largo rato de conversar y de explicarle al familiar lo ocurrido, este les dio algo de información.

— En efecto, era familiar mío, Dios lo guarde. Yo soy su sobrino, no sé mucho de él puesto que casi no le veía y estaba siempre dentro

de aquella casa tan triste. Sí que sé que debía dinero a un señor, me parece que se llamaba Ryan.

—Muchas gracias por la información, ¿le suena de algo este cuadro?— comentó el comisario.

—No sabía que lo tenía. En él sale ilustrada su hija, Elizabeth, lo pintó Sorolla para ellos. Ahora que me lo enseña recuerdo que le gustaba mucho el mar— contestó el joven.

—Estamos muy agradecidos porque haya colaborado en este asunto— concluyó el inspector.

—El honor es mío— se despidió el joven, llamado James.

Después de aquella visita, volvieron a la casa fúnebre del asesinato en busca de más pistas.

—Ethan, busca bien entre los cajones, debemos encontrar los documentos en los que salen las deudas contraídas por ese señor— ordenó seriamente el comisario a su inspector.

Tras largo rato de desorganizar toda la casa, tirando papeles por el suelo, rebuscando entre los cojines y debajo de la almohada, mirando en todos los cajones y armarios, encontraron aquellos documentos dentro de lo que simulaba ser un bote de jabón de manos. Tal vez aquel señor no quería desvelar a los demás su situación...

Con las pistas que habían obtenido, dedujeron que tenían que hallar alguna manera de contactar con aquel con quien tenía deudas (Ryan), y por supuesto con la mujer del cuadro, su hija (Elizabeth).

“LA VERDAD”

3

Hace 3 semanas de lo ocurrido. En la casa fúnebre y misteriosa Alexander estaba leyendo el periódico en su butaca de piel de cuero. No se oía nada, ni un mínimo ruido, hasta que de repente un golpe estrepitoso en la puerta puso fin al magnífico silencio que se percibía. Al abrir Alexander, un hombre alto, moreno, con un traje gris, corbata rosa y maleta de piel de serpiente se situaba en frente de él, con rostro serio y mirada fulminante.

—¿Has traído lo que te dije?— dijo aquel señor misterioso.

—No, ya sabes que no puedo dártelo, ten más paciencia conmigo— admitió Alexander.

—Llevo esperando dos años a que me des mi dinero y se me está acabando la paciencia— le respondió levantando un poco el tono de voz.

—Pero Ryan, ¿qué puedo hacer?— preguntó buscando respuesta.

Ryan se quedó pensativo durante unos segundos, lo que le pareció a Alexander una eternidad. De repente, Ryan se fijó en aquel cuadro de Sorolla que estaba colgado en la pared.

—¿Quién es aquella muchacha de cabellos ondulados y pelo recogido?— cuestionó este.

—Mi hija, la añoro muchísimo, qué pena que no pueda darla recursos suficientes para poder sacarla adelante. Es bellísima, ¿verdad?— explicó Alexander, con miedo a la respuesta—.

—Sí, muy guapa, ¡ya es toda una mujer! ¿Me la podrías presentar algún día? Tal vez te perdonaría lo que me debes...— chantajeó Ryan al señor.

—De acuerdo, no tengo otra elección— terminó cerrando la conversación y un poco intranquilo Alexander.

Fue entonces cuando Ryan se fue de aquella casa dejando a este en paz.

Elizabeth (la hija de Alexander) y Ryan pasaron días y días juntos. Se llevaban muy bien, él siempre la recibía con una sonrisa, la cual empezaba a notarse forzada, hasta que un día quedaron en una cafetería para entablar conversación.

—Bueno, ¿por qué me has traído aquí? ¿Quieres hablar de algo conmigo?— preguntó cariñosamente la mujer a él.

—De hecho, estás en lo cierto. Te amo Elizabeth, y por eso quiero que nos casemos y vivamos juntos en mi mansión junto al mar (lugar en el que ella siempre ha anhelado vivir). Tengo una gran fortuna, será también tuya si quieres— explicó Ryan.

—¡Oh! Ryan, es muy bonito por tu parte, siempre he querido vivir junto al mar. Desde la primera vez que fui con mi padre hace 3 años, de la cual tiene un cuadro que pintó el propio Sorolla para nosotros, me he sentido atraída por él. Pero también añoro mucho a mi padre no soportaría dejarle solo...— respondió ella.

—No quería tener que decirte esto, pero el otro día fui a ver a tu padre y estaba muy enfermo, de hecho tengo un documento firmado por el médico que dice que se va a morir muy pronto a causa de una grave enfermedad— dijo él mostrándole un documento falso y empezando a soltar alguna lágrima también falsa.

—¡No lo sabía! ¿Por qué no me lo contó? Nunca nos ocultamos secretos...— añadió un poco decepcionada Elizabeth.

—Él está sufriendo muchísimo, más de lo que tú crees. Hay que hacer algo pronto, debemos hacerle morir, así no sufrirá más, su muerte será rápida. Tú y yo nos iremos a vivir juntos, y nunca se sabrá lo ocurrido— terminó diciendo él.

La joven se echó a llorar, tanto que llamó la atención de muchos de los que estaban sentados en aquella cafetería, lugar que se llenaría de malas palabras, falsas ilusiones, esperanzas y lágrimas.

Esa misma tarde, Elisabeth fue a pasar un tiempo corto con su padre en aquella casa fúnebre. La joven le sirvió café, donde había puesto unos polvos blanquecinos (los cuales se los había dado Ryan) un veneno mortal. Cuando su padre se bebió aquel café, quedó muerto al instante, tirado en el suelo y traicionado por su propia hija.

Fue un momento difícilísimo, pero ella no sabía que aquel caballero con el cual se iba a casar le estaba mintiendo para poder después librarse de él y aprovecharse de su hija. Ella tendría la casa de sus sueños con vistas al mar y mucho dinero. Se fue llorando de aquella casa, no queriendo nunca más volverla a ver.



“EL CUADRO”

4

El comisario y el inspector estaban en su oficina, hablando de aquel asesinato. Estaban conversando sobre el caso que estaba en sus manos y el poco tiempo que tenían.

—Vamos a recapitular Noah, ¿qué pistas tenemos?— preguntó Ethan.

—Poseemos el cuadro, en el cual sabemos que sale su hija Elizabeth, también adora el mar, conocemos al hombre con quien tenía deudas, Ryan Risot Rowen, los polvos que hallamos esparcidos por el suelo y los documentos— resumió el comisario.

—Echemos un vistazo al cuadro otra vez— dijo con aire de líder su inspector.

Cogieron el cuadro y se pusieron a observarlo atentamente. Pudieron percatarse de que un pequeño fragmento de papel asomaba por la parte de atrás de la lámina. Era un documento firmado por un médico el cual afirmaba que Alexander se moriría por una enfermedad.

—Es falso, reconozco un documento de esos como la palma de mi mano. El corte del papel no es el mismo, la letra que eligió aquella persona para realizarlo no está bien escogida y el sello del servicio médico no es real. ¿Sigo diciendo errores, o ya me crees?— dijo el comisario.

—¡Buen trabajo! Lo analizaremos para ver si las huellas dactilares que hay en él nos sirven de algo— terminó diciendo el inspector.

Tras haber analizado aquel documento con el mayor cuidado y detalle posibles consiguieron extraer las huellas dactilares de Elizabeth Stevenson y Ryan Risot Rowen.

—¡Increíble! ¡La hija del fallecido y aquel con quien su padre tenía deudas se conocían!— gritó alegremente el inspector.

—Si encontramos donde vive uno, sabremos donde vive el otro preguntándole— dedujo el comisario.

Todo aquello era muy extraño, se preguntaban por qué el hecho de falsificar un documento formaba parte de aquella tragedia. Tal vez para conseguir matar a alguien tendrían que haber engañado a otro.

Volvieron a la casa del crimen en busca de más pistas. Alexander seguía allí, muerto en el suelo.

—Llévatelo de aquí y que lo entierren, haz el favor— ordenó el comisario a su inspector.

—De acuerdo, así lo haré— respondió el inspector.

Noah se quedó allí solo, pensativo. Gracias a la tranquilidad que proporcionaba el silencio podía pensar con mayor fluidez, hasta que se le ocurrió una idea brillante. Cogió el teléfono fijo de aquella casa, mirando todas las llamadas que Alexander había hecho y recibido. Allí estaba uno de los nombres que más añoraba encontrar, el de Ryan Risot Rowen. Ahora ya tenía su número de teléfono y podía hablar con él.

“RYAN Y LA VERDAD”

5

Una vez que Noah salió de aquella casa, buscó a Ethan y le contó lo que había averiguado aquella misma tarde. Ethan y Noah llamaron a aquel hombre, y él les contestó:

—Diga, aquí Ryan, ¿quién es usted?— contestó él.

—Somos agentes de comisaría, necesitamos urgentemente hablar con usted. Por favor, le rogamos que nos diga cuál es su dirección. Sabemos que Alexander le debe dinero, nosotros se lo daremos— empezó diciendo el comisario, el cual mentía al decir aquello del dinero.

—Sí, eso que dice es cierto, ¿cómo sabe lo de Alexander?— preguntó este mosqueado.

—Somos agentes, lo sabemos todo. Ahora bien, díganos su dirección y le daremos el dinero— continuó diciendo Noah.

—Calle Firpte Calern 8, Toronto— acabó diciendo Ryan cortando la llamada después.

Terminada aquella conversación, se pusieron en marcha hacia su ansiado destino. Estaban cerca de averiguar la verdad.

Una vez que llegaron después de 30 minutos en automóvil a aquel lugar, se encontraron ante una mansión preciosa hecha de piedra y con vistas al mar. Tocarón el timbre, que resonó muy fuerte en el interior de aquella mansión.

—¡Voy!— dijo alguien.

La puerta blanca de entrada se abrió lentamente, y un hombre de pelo castaño y alto se encontraba ante ellos.

—¿Sois los agentes? Pasad— les invitó a entrar Ryan.

Se sentaron en un magnífico sofá de cuero, un poco frío pero acogedor, y empezaron a hablar del tema.

—Tenemos unas preguntas, después le daremos el dinero— empezó hablando el comisario.

—De acuerdo— respondió Ryan.

—¿Usted sabe algo de lo que le pasa a Alexander?— comenzó a hablar del tema como si no supieran que había fallecido.

—Yo nunca le habría matado, yo no fui, creedme. No me culpéis a mí, yo no tuve nada que ver— dijo.

—Nosotros no habíamos dicho que había muerto, usted sí. Cuéntenos lo que pasó realmente y si no fue usted quien le mató le daremos el dinero, aunque lo dudo mucho, pues a usted le debía dinero y una idea espantosa le podría haber pasado por la cabeza. Tenemos también un documento falsificado el cual tiene su huella dactilar— explicó el comisario, no dejando hablar al inspector.

—¡De acuerdo! Yo no fui el que le asesinó. Yo quería el dinero que me correspondía, pero no me la podía dar, estaba furioso. Me casé con su hija Elizabeth prometiéndola una mansión en la playa, lo que ella siempre quiso. La convencí para que matara a su padre falsificando un documento médico que decía que iba a morir pronto. Como es lógico, ella se lo creyó, y vertió un veneno que le di yo en la taza de café que se bebió su padre al instante. Ella le mató, creedme, no fui yo, lo hice por dinero— contestó Ryan.

De repente, la puerta de una habitación cercana al pasillo se abrió.

—¿Qué ocurre?— preguntó una voz femenina.

—¿Eres Elizabeth, la hija de Alexander?— cuestionó el inspector.

—Sí, así es— respondió la bella dama preocupada.

—Perdone por la pregunta impertinente señorita, pero ¿mató usted a su propio padre?— siguió hablando el inspector.

La joven se echó a llorar, derramando sus lágrimas traicioneras y mojando su propio vestido blanco.

—Yo no, no fui yo. Yo sería incapaz de hacer algo así. ¿Quién ha podido hacer algo tan terrible?— mintió ella.

—Lo que me esperaba. Ryan, no tenemos otra elección. Irá usted de momento a la cárcel si no se demuestra su inocencia. Gracias Elizabeth por su sinceridad y sentimos haberla molestado— terminó diciendo el comisario.

—¡Miente!— gritó Ryan.

Ryan permaneció en la cárcel 20 años, y cuando salió de ella no quería volver a ver a Elizabeth. Ella se quedó viviendo en su añorada casa de la playa y vivió de sus riquezas, aunque siempre vivió muy arrepentida de sus actos.